

Reflexión y crítica

La acción humana y el objeto de la psicología

José L. Gil de Pareja

La diferencia epistemológica entre explicar y comprender aplicada a la Psicología produce una tensión entre su comprensión como ciencia positiva o bien como ciencia humana. El concepto de «acción» como objeto central de estudio de la Psicología permite superar las aporías de esa tensión y abre un fecundo campo a la investigación psicológica.

1. El problema del objeto de la Psicología y la tensión entre Erklären y Verstehen

Entre las caracterizaciones más frecuentes de la Psicología ocupa un puesto muy destacado el énfasis en la idea de «Ciencia de la Conducta». Aun cuando no encuentra un respaldo unánime, es un enfoque admitido habitualmente. Así, con esa denominación o con el equivalente «Ciencia del Comportamiento», suele aceptarse tanto por los psicólogos que admiten la existencia de la mente humana como por los partidarios de negarla. Sin embargo, esa caracterización resulta insuficiente para cubrir todo el objeto de estudio de esta Ciencia, y deja de hecho al margen aportaciones debidas a la perspectiva basada en el inconsciente, contribuciones de la Psicología Humanista o de la tendencia que resalta los procesos mentales dedicados al tratamiento de la información. De ahí que posturas tan diversas como el Psicoanálisis, la Psicología Humanista o la Psicología Cognitiva no puedan, en rigor, ser cabalmente entendidas desde la mera conducta.

Mediante el estudio de la conducta se cubre un aspecto importante de esta disciplina, pero no refleja suficientemente el genuino campo de esta Ciencia. En efecto, esa denominación no se hace eco del ámbito de la actividad mental, que -como ponen de relieve distintas orientaciones- es difícilmente reducible a meros términos de «conducta». Además, expresa el objeto de modo deficiente, pues habría que ocuparse del *bombre de la conducta*, del *sujeto de la acción*, en vez de quedarse en la «conducta» como tal. Junto

a esta deficiencia aparece otra dificultad añadida: la conducta puede ser enfocada desde distintos ángulos, tantos como Escuelas de Psicología hay, porque cada una de ellas, de acuerdo con sus «paradigmas», presenta una postura distinta al respecto.

Persiste así el debate sobre el objeto de esta Ciencia¹ cuando ha transcrito más de un siglo desde su plena configuración como disciplina autónoma. El problema es relevante: la discusión en torno al objeto repercute directamente en cuestiones metodológicas; afecta a la unidad de su tema de estudio y ocupa, de hecho, la atención de la Psicología desde su estructuración como Ciencia. Ha tenido disparidad de enfoques desde W. Wundt y F. Brentano, pero sin haber perdido aún vigencia²: es un motivo central en los debates entre las distintas tendencias de esta Ciencia. Porque, aun siendo la conducta lo central en la mayor parte de los estudios psicológicos -y, por eso mismo, punto de arranque para cualquier indagación- existe una gran cantidad de modelos alternativos para explicarla, a tenor de los «paradigmas» psicológicos adoptados.

Así pues, el problema del objeto viene acompañado por la discusión metodológica y esta, a su vez, remite a una cuestión aún más abarcante: la unidad y diversidad de la Ciencia. En efecto, la Psicología se ve afectada de lleno por las tensiones entre unidad y diversidad ya que hay intentos de reconducirla hacia una pura Ciencia de la Naturaleza, al tiempo que otras propuestas la ven exclusivamente inmersa en las Ciencias Humanas y Sociales. Esta polaridad se manifiesta incluso en parcelas enteras de esta Ciencia, dominando el enfoque científico-natural en campos como la Psicobiología, mientras que la perspectiva humano-social deja habitualmente su sello en la Psicología de la personalidad o en la Psicología Social.

Planteada la cuestión en términos metodológicos, el debate estaría entre monismo y dualismo. La Psicología ha sido considerada frecuentemente en uno de los dos extremos, atribuyéndole un único método -sea científico-natural o humano-social- o dos por completo distintos. Esto se ha puesto de relieve en las sucesivas posturas en torno a *Erklären* y *Verstehen*. Básicamente, explicar y comprender presentan caracteres contrapuestos: «la «explicación» se centra principalmente en componentes cuantitativos, en detrimento de los cualitativos. Insiste en factores causales, en vez de atender a los teleológicos (fines, tendencias, ritmos, etc.). Su universo característico de estudio -la Naturaleza- puede ser experimentado y expresado en términos matemáticos; los fenómenos de los que se ocupa son, en principio, reproducibles y predecibles. En cambio, la «Comprensión» sitúa su universo de estudio característico en el Hombre, en sus relaciones interindividuales y

¹ Una muestra de la disparidad teórica en la caracterización de esta Ciencia se encuentra en KISH, H., *Psychology: A Science in Conflict*, Oxford University Press, Oxford, 1981; GARDNER, H., *The Mind's New Science. A History of Cognitive Revolution*, Basic Books, N. York, 1985; BLACKBURN, S., «Finding Psychology», *The Philosophical Quarterly*, v.36, (1986), pp. 112-115.

² Cfr. PINILLOS, J.L., «Las cuentas pendientes de la Psicología científica», *Si...Entonces...*, v.4, (1988), pp. 143-157.

sus nexos con la realidad extramental en general. Por medio de la actividad de «comprender» se intenta captar el sentido y la finalidad de los fenómenos sociohistóricos: la relación del ser humano con el entorno más amplio, atendiendo al conocimiento del pasado y del presente. También se busca la penetración intuitiva de los elementos subjetivos (intenciones y vivencias) presentes en las acciones humanas individuales.³

Junto con la Historia, la Psicología ha ocupado un puesto preeminente en los distintos avatares de la polémica entre explicar y comprender. Para los partidarios de la *Erklären*, la Psicología debe seguir las pautas metodológicas trazadas por las Ciencias de la Naturaleza, en general, y por la Física, en particular. En cambio, los defensores de la *Verstehen* la ubican en el dominio de los saberes sobre el hombre y la Sociedad, deslindándola de vínculos directos con el ámbito científico-natural. Esas posturas no presentan hoy unos perfiles tan nítidos, debido entre otros motivos a que en las últimas décadas se ha dado un acercamiento -sobre todo de carácter sociológico y metodológico- entre las distintas Ciencias, y esto ha afectado en cierta medida al trabajo de la Psicología.

Para la flexibilización de los caracteres de «explicar» y «comprender», con el consiguiente replanteamiento del estatuto científico de la Psicología, ha influido la existencia de seis etapas en la dualidad *Erklären* y *Verstehen*⁴. En primer lugar, el período constituyente, que comienza en 1858, cuando J.G. Droysen propone su tricotomía: «conocer», «explicar», «comprender», con objeto de diferenciar el método de la Historia respecto de la Filosofía y la Física. Con W. Dilthey cristaliza en términos de dualidad: *Erklären* y *Verstehen* son dos métodos completamente distintos, caracterizando al primero a las Ciencias de la Naturaleza, mientras que el segundo es propio de las Ciencias del Espíritu (*Geisteswissenschaften*).

Con el Neopositivismo lógico se inicia la segunda etapa que destaca por el apogeo de la «explicación», dejando la «comprensión» como una actividad psicológico-heurística. La Psicología como Ciencia no ha de ser reconducida al lenguaje fisicalista, según una célebre propuesta de R. Carnap⁵. Cuando este movimiento intelectual está en declive, hay dos etapas casi coetáneas: la representada por la Hermenéutica de H.G. Gadamer y la inspirada en la Filosofía de Ludwig Wittgenstein. Mediante la Hermenéutica, la actividad de «comprender» es desposeída del carácter fuertemente psicológico que tenía en Dilthey, y es reubicada con un nuevo quehacer: aclara los supuestos previos a toda actividad científica, sea ésta científico-natural o humano-social. *Wahrheit und Methode* supone un nuevo enfoque de las Ciencias Humanas

³ Cfr. GONZALEZ, W. J., «La Ciencia y los problemas metodológicos. Un enfoque multidisciplinar», en: GONZALEZ, W. J. (ed.), *Aspectos metodológicos de la investigación científica*, 2ª ed., Ed. de la Universidad Autónoma de Madrid y Publicaciones de la Universidad de Murcia, Madrid-Murcia 1990, p. 25.

⁴ Cfr. *Ibidem*, pp. 21-31.

⁵ Cfr. CARNAP, R., «Psychologie in Physikalischer Sprache», *Erkenntnis*, v.3, (1932-33), pp. 107-142; versión castellana de L. Aldama: «Psicología en lenguaje fisicalista», en AYER,

y Sociales, donde al comprender le acompañan «interpretar» y «explicar». Dentro de este enfoque, el sujeto vuelve a tener un puesto prioritario en los saberes sobre el hombre y la sociedad, propiciando una contribución a la Psicología de inspiración humanista.

Por su parte, L. Wittgenstein propicia una vía distinta para recuperar la idea de comprensión: el análisis del lenguaje de *acción*. Así, algunos de sus discípulos directos y más relevantes han analizado los usos lingüísticos que expresan la actividad humana, profundizando -como G. E. M. Anscombe- en nociones como «intención» e «intencionalidad», y resaltando que sólo pueden ser atribuidas en rigor a la acción humana. Otros menos cercanos a Wittgenstein, como W. Dray, insisten en la especificidad de las pautas explicativas para la acción humana, cuestionando los intentos de explicación estrictamente causales por ser excesivamente reductivos. Aquí, a la luz de las ideas de Wittgenstein, se configura el estudio de la tercera, cuarta y quinta parte en este artículo.

Explanation and Understanding, de G. H. Von Wright, abre la quinta etapa. Aparece publicado a comienzo de la década de los 70. Propone un análisis de la explicación y la comprensión en el que se transluce una Teoría de la Acción de cuño wittgensteiniano. Dicha teoría supone una defensa matizada del dualismo metodológico, que se enraiza en la irreductibilidad de los componentes intencionales o teleológicos de la acción humana individual o social⁶. Más tarde, iniciando a la sexta etapa, K.O. Apel realiza una reconstrucción pragmático-trascendental del problema en su *Die Erklären-Verstehen Kontroverse in Transzendental-Pragmatischer Sicht*, donde resalta la necesidad de la distinción, entre las nociones en liza, pero desde un nuevo marco: el punto de vista pragmático trascendental, que permite un intento de mediación entre las posturas en pugna.

Existe, por último, una forma nueva de ver el problema, que se sitúa fuera del marco de la dualidad entre «explicación» y «comprensión», en la Concepción Estructuralista de las teorías científicas. Adopta un punto de partida distinto: trata de explicitar la estructura interna de las teorías a partir de los análisis de la Física Matemática realizados por J. Sneed y proseguidos por W. Stegmüller. Consiste en trasvasar los elementos metateóricos encontrados en la Física a las Ciencias de la Naturaleza y Humanas y Sociales. En consonancia con su carácter estructural, esta concepción resalta la unidad de la Ciencia, pero quiere salir de la angostura a que conducía el reduccionismo fisicalista de los neopositivistas lógicos⁷.

Esta sucesión de enfoques metodológicos sobre unidad y diversidad de la Ciencia al hilo de la dicotomía explicar-comprender, afecta de lleno a la

⁶ También P. Winch y Ch. Taylor orientan sus posturas en la Teoría del Significado wittgensteiniana, afirmando que el discurso práctico no es reductible al lenguaje fisicalista, y cuestionando la validez de las ideas neopositivistas tendentes a diluir la diversidad de la Ciencia.

⁷ Cfr. WESTMEYER, H. (ed), *Psychological Theories From a Structuralist Point of View*, Springer, Berlin, 1989.

Psicología: se manifiesta en una notable disparidad de «paradigmas» en Ciencia Psicológica⁸ proclives unos a considerarla como afín a las Ciencias de la Naturaleza; radicalmente opuestos a esta posibilidad otros. No se ha encontrado aún un «metaparadigma» que permita una cierta homogeneización. Por eso, los «paradigmas» en esta Ciencia siguen discurriendo en paralelo. A este respecto, la actual Psicología Cognitiva, que ocupa un lugar preeminente y reemplaza en cierto modo el dominio anterior del Conductismo en esta Ciencia, supone una variación temática al incidir en una postura que ya no centra directamente la mirada en la conducta sino en los procesos mentales⁹. Algunos desarrollos conectados con este nuevo «paradigma», como la Psicobiología, introducen variaciones metodológicas, al acercarse progresivamente a saberes como la Biología y la Informática, que reabren la disputa en torno al método.

Con el surgimiento del «paradigma» cognitivo, la mente ha vuelto a ser objeto de estudio para la Psicología. Pero hay una gran variedad de enfoques al respecto, hasta el punto de que mantienen en común tan sólo el énfasis en los fenómenos mentales como causantes del comportamiento. Además, la Psicología Cognitiva se coloca en un enfoque metodológico estrictamente *funcional*, que deja en un segundo plano el sustrato orgánico y la naturaleza de los actos mentales. Al haber surgido como una revisión del Conductismo, sigue latiendo la importancia de la perspectiva basada en la conducta: supone una flexibilización del concepto «conducta», pero no llega a ser superado en sentido estricto. En buena medida, el cognitivismo supone un elemento más de continuidad en la línea dominante en Psicología desde su constitución como Ciencia. Porque, desde finales del siglo pasado, la Psicología ha centrado frecuentemente la investigación sobre el sujeto psicológico en parámetros naturalistas, descuidando aspectos de la experiencia específicamente humana.

⁸ Cfr. QUIÑONES, E., «Las Ciencias de la Conducta y su "Paradigma" explicativo», en GONZALEZ, W. J., *Aspectos metodológicos de la investigación científica*, pp. 317-332.

⁹ La Psicología Cognitiva utiliza la célebre metáfora del ordenador y la información. «Esta metáfora del ordenador puede servir de ayuda en la generación, formulación rigurosa y comprobación de hipótesis psicológicas sobre los contenidos y funciones de la mente. Estas hipótesis forman parte de un enfoque teórico característico, que tiene en cuenta las estructuras complejas y los procesos mutuamente influyentes que hacen posible el pensamiento y la acción. Desde el punto de vista filosófico, la comprensión de las computadoras nos permite comprender cómo es posible que la mente inmaterial y el cuerpo material están íntimamente relacionados, y en especial cómo es posible que la mente actúe sobre el cuerpo durante la acción deliberativa y la elección voluntaria. La naturaleza de la subjetividad humana (la interpretación idiosincrática del mundo experiencial del individuo) también recibe luz con este enfoque», BODEN, M. A., «La metáfora computacional en Psicología», en BOLTON, N. (ed.), *Philosophical Problems in Psychology*, Methuen, Londres, 1979; versión castellana de J. Fernández Zulaica: *Problemas filosóficos en Psicología*, Alhambra, Madrid, 1982, p. 137.

2. La Psicología centrada en el concepto de «acción».

Este debate supone elegir un tipo de objeto de estudio compatible con pautas ya aceptadas en Ciencias de la Naturaleza o bien orientarse hacia una realidad dotada de plena especificidad dentro del ámbito humano y social. De aceptarse esta segunda vertiente, basada en evitar la reducción de la Psicología a Ciencia de la Naturaleza, quedaría al margen el quehacer basado en parámetros naturalistas, y se acentuaría aquello del ser humano que escapa a la observación y a la medida: los actos mentales. A este respecto, hay elementos de experiencia interior que, aun ejerciendo poderosa influencia en nuestra conducta, no encuentran un lugar epistemológico adecuado en las Ciencias de la Naturaleza, por no ser susceptibles de una explicación puramente causal en sentido humeano. Esto no supone, sin más, la adopción de una «Psicología Humanista», que plantea problemas en cuanto a su estatuto científico, sino que se trata de resaltar lo específicamente humano, que se abre a la posibilidad de factores como la «intención».

La tendencia dominante en Psicología, que fija el objeto de estudio psicológico en la *conducta*, tiene como correlato directo el énfasis en el método científico-natural y tiende a un esquema de explicación causal. La postura opuesta, que quiere desligar a la Psicología de tal dependencia respecto de la Ciencias de la Naturaleza, insiste en otros elementos, bien en el plano de lo inconsciente o en el ámbito de lo consciente, en tal caso da preferencia a la vida mental, tanto intelectual como afectiva. Cabe pensar, no obstante, en otra posibilidad, que sin rechazar lo primero contemple también lo segundo. Es la Psicología centrada en el concepto de *acción*. No se trata meramente de hacer un estudio psicológico de la acción humana como factor entre otros, de lo que dejan constancia diversos estudios¹⁰, sino de hacer de la acción el objeto mismo de la Psicología. En tal caso -a mi juicio-, podría superarse la visión reductiva de la Psicología como Ciencia que, sin más precisiones, puede seguir planteamientos científicos basados en Ciencias de la Naturaleza. Porque el concepto de «acción» abarca la conducta -lo observable del quehacer humano-, pero incluye también el plano de los *actos mentales*¹¹. A estos, como ha señalado certeramente G.H. von Wright¹², no cabe aplicar el término «conducta».

¹⁰ Cfr. GAULD, A. y SHOTTER, J., *Human Action and its Psychological Investigations*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1977; AJZEN, I. y FISHBIN, M., *Understanding Attitudes and Predicting Social Behavior*, Prentice Hall, Englewood Cliffs, 1980; STADDON, J. E. R. (ed), *Limits to Action: The Allocation of Individual Behavior*, Academic Press, N. York, 1980; SECORD, P., *Explaining Human Behavior: Consciousness, Human Action, and Social Structure*, Sage, Beverly Hills, 1982; GINSBURG, G.P., BRENNER, M. y VON CRANACH, M. (eds), *Discovery Strategies in the Psychology of Action*, European Association of Experimental Social Psychology, Londres, 1985.

¹¹ Cfr. VELEMAN, D. J., *Practical Reflexion*, Princeton University Press, Princeton, N. Jersey, 1989, pp. 109-142.

¹² «It should be observed that not everything which is ordinarily called an act (or an activity) has an outer as well as an inner aspect. Acts (activities) which lack an outer

Pero centrar la Psicología en la «acción» como objeto de estudio no sólo permite eludir los riesgos del énfasis naturalista: evita también el extremo de ver a esta Ciencia en el mero dominio humano y social. Por un lado, la acción admite una investigación de acuerdo con un método característico de la indagación de la naturaleza: puede ser observada y, en su caso, experimentada. Y, por otro lado, la acción posee un sentido, una finalidad u orientación, presente en el lenguaje y que se objetiva en los agentes, que la sitúa en el ámbito de los saberes sobre el hombre y la sociedad. Así, el elemento externo que la acompaña hace posible su indagación en términos naturalistas, pero la vertiente específicamente humana (la articulación de los actos mentales con la actividad externa) no permiten verla inmersa en aquel dominio.

Caracterizar la «acción» desde su vertiente semántica hasta su dimensión metodológica, pasando por su aspecto lógico y epistemológico, excede los límites del presente trabajo. Cabe, no obstante, resaltar algunos ingredientes, principalmente para contraponerla a la «conducta», intentando con ello articular una alternativa respecto del objeto de la Psicología. A tal efecto, el análisis del lenguaje de acción ofrece una pauta de indudable valor: la Semántica de la Acción y la Epistemología de la Acción aparecen así asociadas en buena medida. Tanto el lenguaje como el conocimiento nos llevan hacia los factores internos y externos de los que se compone la acción. Las acciones humanas precisan de una descripción fenomenológica que abarque todos los factores que le atañen¹³.

A partir de ahí, ha de ser posible la elaboración de hipótesis respecto de todos aquellos factores -internos y externos- que se encuentran a la base de cualquier acción. Sin embargo, esta descripción de las acciones humanas no implica un estudio de la «conciencia» como tal, sino del ser humano consciente: el sujeto de la acción, que incluye dimensiones de comportamiento con determinantes de tipo mental, biológico, físico, social e histórico, y que deben ser estudiados desde una perspectiva integradora¹⁴. La acción nos lleva así a su *sujeto*, que es el objeto de la Psicología. Veamos, pues, cómo se contrapone a la «conducta» y qué rasgos más sobresalientes cabe señalar.

aspect are often called *mental*. The term "behavior" seems quite inappropriate for mental acts and activities. Also the term "action" is not normally used for them». VON WRIGHT, G. H., *Explanation and Understanding*, Cornell University Press, Ithaca, N. York, 1971, p. 87.

¹³ Cfr. QUIÑONES, E., *loc.cit.*, p. 318.

¹⁴ Cfr. YELA, M., «Unidad y diversidad de la Psicología», en MAYOR, J. y PINILLOS, J. L. (eds), *Tratado de Psicología General*, vol II, Alhambra, Madrid, 1989, pp. 74-75.

3. «Conducta» y «Acción»

Atendiendo a un análisis del lenguaje, se aprecia que existe una gran variedad de usos de lo que llamamos «conducta», que muestra una diversidad de sentidos. Por un lado, aplicamos el término a los seres vivos en general, y, por otro, lo utilizamos también para referirnos a artefactos. En el caso de los seres vivos -y, de modo especial, en el ser humano-, una primera acepción del término «conducta» designa los distintos modos de reacción muscular o glandular del organismo frente a un estímulo. Dicho término presenta pronto una vertiente epistemológica, pues aparece frecuentemente relacionado con «observación». Así, determinados comportamientos o actividades corporales susceptibles de observación se consideran como componentes de la conducta. Tales rasgos pueden ser estudiados en términos de Psicología Fisiológica. En ellos el sujeto es visto desde fuera, tendiendo a adoptar una terminología acorde con el enfoque físico. En ellos no sólo cabe la observación sino también la experimentación.

Esta primera acepción de conducta y su intrínseco carácter observable pueden ser plenamente suscritas por el Conductismo. Permiten una explicación causal, dentro de un marco teórico hipotético-deductivo. Esa perspectiva externa asocia la conducta a términos como «estímulo», «respuesta», «explicación mecánica», «movimiento corporal», etc. Pero, planteado de este modo, el concepto de conducta suscita serias objeciones. Así, J. Margolis¹⁵ apunta varios rasgos a tal efecto. Entre ellos señala la posibilidad de describir lo mental en términos lógicamente independientes de lo comportamental; en segundo término, poder describir la conducta en su totalidad sin referencia alguna a términos intencionales o mentales; y, en tercera instancia, que la explicación de la conducta pueda ser satisfactoria al margen por completo de alusiones a estados mentales¹⁶. La consecuencia de esta extrapolación del concepto de conducta es el fisicalismo, que convierte en irrelevante la «acción humana» como tal.

A diferencia de la conducta, la «acción» se sitúa en un contexto semántico y epistemológico donde lo interno combina con lo externo, resaltando factores específicamente humanos, ajenos al enfoque más o menos «mecánico». Su presencia es frecuente en estudios antropológicos, pero abarca otras vertientes¹⁷. De hecho, la *acción* aparece relacionada con términos como «motivo», «intención», «razón», «explicación teleológica», «voluntariedad», «inten-

¹⁵ Cfr. MARGOLIS, J., *Philosophy of Psychology*, Prentice Hall, N. Jersey, 1984, p. 38.

¹⁶ La primera de estas objeciones es tratada con detenimiento por FODOR, J. A., *Psychological Explanation. An Introduction to the Philosophy of Psychology*, Random House, N. York, 1968; versión castellana de J. Flores: *La explicación psicológica. Introducción a la Filosofía de la Psicología*, Cátedra, Madrid, 1980, p. 83-87 y 105-119.

¹⁷ Una muestra de esa diversidad se encuentra en el número monográfico sobre Teoría de la Acción/Action Theory de *Daimon*, v.3, (1991), coordinado por Wenceslao J. González. Se estructura en cinco apartados: «La acción y el sujeto de experiencia», «Lógica de la acción», «Marco teórico de la acción y el ámbito de la Psicología», «La actividad humana e incidencia en la Ciencia» y «La acción social». Hoy aparece el estudio de la acción

ción», «intencionalidad», «resultados», «consecuencias», etc. El estudio de la acción, conecta así con el sujeto psicológico globalmente considerado, y no sólo con aspectos visibles de su comportamiento. Recoge, en suma, peculiaridades básicas de su ser.

Así pues, aunque pueden usarse indistintamente en muchos casos «acción» y «conducta», poseen una serie de peculiaridades que permiten distinguirlas con nitidez. Las diferencias afectan de lleno a su sentido y referencia. Se enraizan en los rasgos propios de la *acción*: i) está dotada de carácter práxico frente a la monotonía de la conducta, especialmente si ésta se entiende de modo instintivo; ii) a través de su historicidad -nota que le es intrínseca- se despliega con nitidez; iii) se encuentra conectada al lenguaje de manera más directa que la conducta, hasta el punto de suscitar importantes problemas cuando se habla de «conducta verbal»¹⁸; iv) remite intrínsecamente al ámbito social, requiriendo una normatividad¹⁹; v) remite intrínsecamente al ámbito social, requiriendo una normatividad tanto ética como jurídica, frente al dominio de lo preferentemente descriptivo en el caso de «conducta».

Frente a la conducta, la «acción» abarca más y, además, con mayor profundidad, conectando con más ámbitos humanos. En efecto, cubre *más campo* toda vez que la acción permite recoger el elemento interno (el «acto») y el comportamiento externo (la actividad exterior); mientras que la conducta sólo contempla en rigor la dimensión externa. Además, la acción es también *más profunda*, pues remite directamente a otros factores que no cabe considerar en los meros términos de «conducta», entre los que destaca la *intención* (elemento no observable que da sentido a la acción). La acción reúne otro importante aspecto: está más abierta que la conducta a los ámbitos reflexivo, volitivo y afectivo, pues aparece desprovista del carácter en cierto modo «mecánico» de la conducta. Por estas tres razones, que afectan de lleno al objeto de la Psicología, la «acción» es preferible a la «conducta».

Resulta de interés la contribución que Wittgenstein hace a este respecto con sus consideraciones filosóficas acerca de esta Ciencia. Porque, pese a la existencia de interpretaciones conductistas de su pensamiento, supo diferenciar netamente lo que es «conducta» respecto de «acción»²⁰: cabe ciertamente una conducta de dolor que no se corresponde con *el acto* interno de dolor; mientras que podemos estar sufriendo un intenso acto de dolor, al tiempo

humana como preludeo o prolongación de áreas diferenciadas de la Filosofía como la Lógica, la Filosofía del Lenguaje, la Filosofía de la Ciencia, la Ontología, la Ética, la Filosofía del Derecho, etc. Cfr. NINO, C. S., *Introducción a la Filosofía de la acción humana*, EUDEBA, Buenos Aires, 1987, p. 9.

¹⁸ Cfr. CHOMSKY, N., «A Review of Skinner's Verbal Behavior» *Language*, v. 35, (1959), pp. 26-58. Cfr. DUMMETT, M., «Conocimiento práctico y conocimiento del lenguaje», *Anuario Filosófico*, v. 11 (1978), pp. 39-58.

¹⁹ Cfr. FERRER SANTOS, U., *Perspectivas de la acción humana*, P.P.U., Barcelona, 1990, p. 5.

²⁰ Cfr. GIL DE PAREJA, J. L., *La Filosofía de la Psicología de Ludwig Wittgenstein*, P.P.U., Barcelona (en prensa).

que no hay *conducta* de dolor. Wittgenstein supo asociar también la acción a la «intención», dando así más contenido a lo humano: actuar no es el mero comportarse. Además, mediante el análisis del lenguaje de la experiencia, conectó los actos internos y la actividad externa dentro de los campos de lo reflexivo, lo volitivo y lo afectivo. Propicia así la interrelación de los factores psicológicos dentro de la acción humana. Ésta da unidad al objeto de estudio de la Psicología.

4. *Intención y acción.*

Mediante el análisis de la intención se aprecia -a mi juicio- cómo la acción supera a la conducta. Amplía el campo de posibilidades porque supone introducir de lleno la vertiente interna -el acto mental- cuya presencia pasa desapercibida al defensor de la mera conducta. La «intención» conecta directamente con los temas que asocian la acción con el plano intelectual-reflexivo (deliberación) y el volitivo (decisión), sin descartar lo afectivo. En el tratamiento de los conceptos psicológicos que éstos abarcan, el planteamiento de Wittgenstein se detiene en estos tres planos, situando a la acción a la base de su análisis.

En efecto, él no es ajeno al tratamiento de conceptos directamente vinculados al de «acción», como «intención» e «intencionalidad», ni descuida el análisis de conceptos psicológicos motivacionales y afectivos, estrechamente conectados con las acciones humanas, tales como «creer», «soñar», «tener sentimientos», «poseer emociones», etc. Tampoco descuida el ámbito reflexivo, pues la acción está presente en su tratamiento de todos los conceptos psicológicos. Su cometido, a este respecto, consiste en proporcionar una visión sinóptica de la Gramática de los términos que usamos para referirnos a lo mental y a la conducta humana²¹, más que establecer un referente rígido de las palabras, o un estudio completo de los fenómenos de la vida mental²². El tratamiento wittgensteiniano del concepto de «intención» no descuida las peculiaridades de lo humano y tiene repercusiones para la Psicología.

«Intención» aparece habitualmente como un concepto específicamente humano que está asociado al de «acción». En su nueva Teoría del

²¹ Cfr. WITTGENSTEIN, L., *Zettel*, en *Werkausgabe*, vol. 8, Suhrkamp, Frankfurt, 1989, n. 464; cfr. WITTGENSTEIN, L., *Philosophische Untersuchungen*, en *Werkausgabe*, vol.1, Suhrkamp, Frankfurt, 1989, nn. 122, 125.

²² Cfr. *Zettel*, n. 465; cfr. WITTGENSTEIN, L., *Bemerkungen über die Philosophie der Psychologie - Remarks on the Philosophy of Psychology*, 2 vols., el primero editado por G.E.M. Anscombe y G.H. von Wright, el segundo por G.H. von Wright y H. Nyman; edición bilingüe alemán-inglés, con versión inglesa, para el primer volumen de G.E.M. Anscombe, y para el segundo de C.G. Luckhardt y M.A.E. Aue, Blackwell, Oxford, 1980, vol.II, n. 331; cfr. WITTGENSTEIN, L., *Letzte Schriften über die Philosophie der Psychologie - Last Writings on the Philosophy of Psychology*, edición bilingüe alemán-inglés al cuidado de G.H. von Wright y H. Nyman, con traducción inglesa de C.G. Luckhardt y M.A.E. Aue, Blackwell, Oxford, 1982, n.122.

Significado, Wittgenstein sitúa la acción, la praxis humana, en la base. En efecto, la acción es el último asidero sólido de las nociones claves donde se asienta el sentido («juegos de lenguaje» y «formas de vida»). El lugar donde se hace posible penetrar en la naturaleza propia de los actos mentales es el uso del lenguaje, que está dotado de una función primordialmente comunicativa, donde se encuentra el nexo entre el pensamiento y la realidad²³. El uso del lenguaje aparece mediatizado por todo tipo de actividades -lingüísticas y no lingüísticas-, y tiene el fundamento del sentido en la acción.

Tal como Wittgenstein la entiende -y, años más tarde G. E. M. Anscombe desarrolla²⁴-, la intención supone en el ser humano una forma de relación con el mundo: una apertura con una determinada dirección. Es, en rigor, algo previo a la conducta y se despliega en la intencionalidad, que sí es un rasgo de la conducta. Aquella no es observable, mientras que ésta sí lo es. La diferencia se detecta en el lenguaje. Pero, además, existe un elemento constitutivo del uso lingüístico: la intención en la comunicación. En este caso cabe afirmar que, en el lenguaje, la *intención* pasa a ser un rasgo característico, es aquello que preside sus funciones²⁵.

Von Wright se ha detenido en el primer uso de «intención»: ha señalado que «la conducta intencional se parece al uso del lenguaje. Es un gesto por el que doy a entender algo. De la misma manera que el uso y la comprensión del lenguaje presupone una comunidad lingüística, la comprensión de la acción presupone una comunidad de instituciones, prácticas y aparato técnico, en la que uno llega a introducirse mediante aprendizaje y entrenamiento. Se la podría llamar seguramente comunidad de vida»²⁶. Al encuadrarse en una comunidad de instituciones y prácticas, la conducta intencional adquiere sentido. Es por esto por lo que yo comprendo la acción misma.

Aunque relacionada estrechamente con la acción, la intención no es en sí misma un concepto de *acción*: es, en cierto modo, previa a ella. Además, como insiste Wittgenstein, no cabe una identificación entre el plano de la conducta observable y el ámbito de los actos mentales: el giro «tener la intención de» no es equivalente a «formular una intención en el lenguaje», ni a «actuar de acuerdo con un propósito»²⁷. Esto no quiere decir que se dé una separación tajante de ambos planos. Así, aun cuando la intención aparece, en principio, como algo que sólo puede ser conocido por el propio sujeto, no es un peculiar estado mental al que pueda accederse sólo por introspec-

²³ Cfr. GIL DE PAREJA, J. L., «Pensamiento y Acción en Wittgenstein. Estudio a través del análisis del lenguaje», *Philosophica Malacitana*, v.2, (1989), pp. 103-108.

²⁴ Cfr. ANSCOMBE, G.E.M., *Intention*, Blackwell, Oxford, 1976.

²⁵ «Wenn man das Element der Intention aus der Sprache entfernt, so bricht damit ihre ganze Funktion zusammen», WITTGENSTEIN, L., *Philosophische Bemerkungen*, en *Werkausgabe*, vol.2, Suhrkamp, Frankfurt, 1989, p. 63.

²⁶ VON WRIGHT, G.H., Op. cit., p. 114; cfr. *Philosophische Untersuchungen*, n. 337.

²⁷ Cfr. *Zettel*, n. 49.

ción²⁸. La intención no es algo netamente privado e inaccesible: aun siendo irreductible a lo puramente externo, los criterios adecuados para su análisis se encuentran en las *acciones del sujeto*, en sus manifestaciones externas mediatizadas por el lenguaje.

Al analizar los usos lingüísticos de la intención, Wittgenstein señala que son «peculiares», «sutiles». También pone de relieve que la confesión de una intención es un instrumento del lenguaje excepcionalmente raro, en el que no se describen únicamente características de la conducta²⁹. Por otra parte, Wittgenstein reconoce que la intención influye decisivamente en la acción humana. Así lo muestra en las *Philosophische Untersuchungen*, donde la expresión de la intención es comparable más a una confesión que a la expresión de un suceso pasado o el recuerdo de una experiencia³⁰. Su noción de «intencionalidad» se caracteriza por ser algo observable que supone una intención no observable: «¿Por qué quiero, además de manifestarle lo que hice, también comunicarle una intención? -No porque la intención fuera algo de lo que estaba ocurriendo entonces. Sino porque quiero comunicarle algo sobre *mí*, algo que va más allá de lo que entonces ocurrió. Le abro mi intimidad cuando le digo lo que quería hacer. -Pero no sobre la base de una auto-observación, sino mediante una reacción»³¹. La expresión de la intención aparece aquí como parte de las reacciones del hablante, no como la expresión de una introspección.

A pesar de ser un rasgo de la conducta³², la *intencionalidad* no se reduce a un mero componente del comportamiento³³: al mostrar una relación esencial de la acción con el sujeto no desliga la conducta de lo interno, estableciendo así una distinción tajante entre la acción humana y el puro movimiento físico. En efecto, encontrar el sentido de una acción supone ir

²⁸ «My knowledge of my own intentions can be based on reflective knowledge of myself, on observing and putting an interpretation on my reactions. In such cases knowledge of myself is just an "external" and "indirect" as that of another observer, and may be even less reliable than his knowledge of me. (It is by no means certain that I am myself the best judge of my own intentions, or of my cognitive attitudes, for that matter.) My immediate knowledge of my own intentions is not based on reflections about myself (my inner states), but is the intentionality of my behavior, its association with an intention to achieve something», VON WRIGHT, G.H., *Op.cit.*, p. 114.

²⁹ Cfr. Zettel, nn. 39-40.

³⁰ Cfr. a este respecto, GUSTAFSON, D., «Wittgenstein and a Causal View of Intentional Action», *Philosophical Investigations*, v.7, (1984), pp. 225-227.

³¹ *Philosophische Untersuchungen*, n. 659.

³² Cfr. G. EISKAMP, R., «Intención e Intencionalidad. Estudio comparativo», *Anales de Filosofía*, v.4, (1986), p. 152. Cfr. VON WRIGHT, G.H., «Determinism and the Study of Man», en VON WRIGHT, G.H., *Practical Reason*, Blackwell, Oxford, 1983, pp. 35-52.

³³ «To say that the intentionality is in the behavior is at once suggestive of something important and easily misleading. The truth in that formulation is that intentionality is not anything "behind" or "outside" the behavior. It is not a mental act or characteristic experience accompanying it. The misleading thing about the formulation is that it suggests a "location" of the intention, a confinement of it to a define item of behavior, as though one

más allá de lo puramente observable: es situarla en un contexto amplio de objetivos y creencias, en el que se incluyen motivos y también la explicación de otras acciones pasadas. Así, el rasgo característico específicamente humano que poseen las acciones intencionales presenta un carácter distintivo: la posibilidad de dar razones, y esto, como ha mostrado J.D. Velleman³⁴, es irreductible a una pura explicación causal.

En efecto, la acción intencional no es describible en términos de puros movimientos físicos³⁵, porque cabe una descripción de tales movimientos sin hacer referencia alguna a la intención. Un análisis de la conducta o del aspecto externo de la acción no nos descubre necesariamente la intención. Hay, por tanto, una irreductibilidad del sentido de la acción a puros movimientos físicos, «pues -como advierte J. V. Arregui- el sentido no es algo que se añade a los movimientos físicos convirtiéndolos en acción. La acción no es la suma de un movimiento físico y de un estado mental, del mismo modo que el hombre no es una conciencia que anida en una máquina»³⁶. Aparece así la intención como algo que surge en la acción considerada como un todo irreductible³⁷.

A la base de las acciones intencionales se encuentran *razones*, distinguiéndose así de actos como las *predicciones*, que cuentan con una prueba material o una evidencia³⁸. Son las razones las que me llevan a formular una intención, a dar un por qué de mi actuación³⁹; describir una intención significa describir lo que ocurrió desde determinado punto de vista y con un propósito específico; es pintar un retrato particular del acontecimiento⁴⁰. La aclaración de una acción humana supone la descripción de una intención, con sus peculiaridades propias, lo que señala un enriquecimiento respecto de la descripción en puros términos de conducta.

could discover the intentionality from a study of the movements. One could say -but this too might be misleading- that the behavior's intentionality is its place in a story about the agent. Behavior gets its intentional character from being seen by the agent himself or by an outside observer in a wider perspective, from being set in a context of aims and cognitions», VON WRIGHT, G. H., *Op. cit.*, p. 115.

³⁴ Cfr. VELLEMAN, J. D., *Op. cit.*, p. 189.

³⁵ Cfr. WILSON, G. M., *The Intentionality of Human Action*, Stanford University Press, Stanford, California, 1989, pp. 231-258.

³⁶ VICENTE ARREGUI, J., *Acción y sentido en Wittgenstein*, EUNSA, Pamplona, 1984, p. 234. Sobre la idea de que los fenómenos intencionales no pueden explicarse solamente en términos de movimientos físicos puede verse CHISHOLM, R., *Perceiving*, Cornell University Press, Ithaca, N. York, 1957; Cfr. TAYLOR, Ch., *The Explanation of Behavior*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1964; Cfr. MARGOLIS, J., *Op. cit.*, pp. 40-42.

³⁷ «...Un análisis de la acción intencional no puede hacerse como una descomposición en unos elementos más básicos, añadiendo a la mera conducta, la intención, sino que el concepto de "acción intencional" y de "intencionalidad" es irreductible en un sentido decisivo», VICENTE ARREGUI, J., *Op. cit.*, p. 242.

³⁸ Cfr. G. ELSKAMP, R., *loc. cit.*, p. 149.

³⁹ Cfr. ANSCOMBE, G. E. M., *Intention*, p. 9. Cfr. VON WRIGHT, G. H., *loc. cit.*, p. 47.

⁴⁰ Cfr. Zettel, n. 23.

La intención posee todos los caracteres que reúnen los conceptos psicológicos en general; a saber: su referente no es una experiencia mental perfectamente definible en sí misma, a la que yo tengo acceso privilegiado por introspección; tampoco es definible en meros términos de conducta. Así, Wittgenstein advierte que la intención no es un aspecto peculiar de la conciencia. A su juicio, «no es una emoción ni un estado de ánimo, ni una sensación o una imagen. No es ningún estado de conciencia. No tiene duración real»⁴¹. Al afirmar que no tiene duración real, separa la «intención» del concepto de *proceso*⁴² -clave en el mundo físico- y, además, la distingue de las *sensaciones*, pues somos capaces de prestar atención al curso de nuestros dolores, pero no al curso de nuestras creencias o nuestros propósitos. En tal caso, la intención sería, a su juicio, una *disposición*⁴³, puesto que no se interrumpe por un salto de la conciencia o por una interrupción de la atención⁴⁴.

Cuenta además la intención con una índole ajena a la pura explicación conductual; es una característica peculiar de su Gramática, perteneciente a la *asimetría* entre la primera y tercera persona⁴⁵. La primera persona *expresa* el estado interno de un ser humano: supone una autoconciencia, entendiendo ésta no como un puro conocimiento de la cosa que yo soy. El conocimiento que yo tengo de mis estados de conciencia no tiene su base en una observación interna infalible: es un conocimiento no observacional, es decir, algo que no es susceptible de ser descrito por la observación de la conducta. De esta forma, a la hora de entender el ser humano se concibe como una realidad compleja que escapa a un puro análisis del comportamiento a la hora de entender sus acciones.

La característica de la intencionalidad se aprecia en la conducta, pero está ya en el lenguaje mismo. Ahora bien, la intencionalidad no es reducible al mero uso del lenguaje⁴⁶. Mediante el análisis del uso de los términos intencionales se pone de relieve la intencionalidad de las distintas acciones humanas. Éstas son el resultado de la actividad consciente, a lo que se tiene

⁴¹ Ibidem, n. 45.

⁴² Cfr. Ibidem, n. 192.

⁴³ La distinción entre aquellos eventos mentales que son susceptibles de una medición temporal y aquellos otros en los que se hace difícil la observación de su desarrollo es puesta de relieve por Wittgenstein. Lo hace a tenor de la distinción, que él mismo propone, entre «estados de conciencia» (*Bewusstseinszustand*) y «disposiciones» (*Dispositionen*). Cfr. WITTGENSTEIN, L., *Bemerkungen über die Philosophie der Psychologie - Remarks on the Philosophy of Psychology*, II, n. 45, 63. Cfr. Zettel, nn. 77-78, 472.

⁴⁴ Cfr. Zettel, n. 46.

⁴⁵ Cfr. *Bemerkungen über die Philosophie der Psychologie - Remarks on the Philosophy of Psychology*, II, n. 63; cfr. Zettel, nn. 472, 539, 591; cfr. VICENTE ARREGUI, J., «Yo y Persona. El problema del sujeto en Wittgenstein», *Anuario Filosófico*, v. 18, (1985), p. 120; cfr. *Letzte Schriften über die Philosophie der Psychologie - Last Writings on the Philosophy of Psychology*, I, n. 951; cfr. *Philosophische Untersuchungen*, n. 246.

⁴⁶ Cfr. IHDE, D., «Wittgenstein's Phenomenological Reduction», en BOSSERT, P. (ed.), *Phenomenological Perspectives*, M. Nijhoff, La Haya, 1975, pp. 46-72.

acceso a través del estudio del lenguaje que expresan los conceptos psicológicos. A este respecto, Wittgenstein entrelaza intencionalidad y observabilidad, pues la primera corresponde a un comportamiento consciente observable. Es un rasgo del comportamiento que remite directamente al sujeto que muestra la intencionalidad.

Para Wittgenstein, la intencionalidad de las acciones del sujeto remite a las intenciones que éste posee en su mente antes de actuar. A la «intención» llega mediante la consideración atenta de los usos lingüísticos tales como «querer decir», «señalar», «hacer referencia a». Estos términos conciernen a conceptos en modo alguno reducibles a la conducta que llevamos a cabo cuando los empleamos. De hecho, «indicar» o «querer decir» resultan inteligibles sólo dentro del contexto pragmático de las circunstancias en que son utilizados y remiten a actos mentales de tipo intencional que no son detectables en las manifestaciones de conducta.

Este doble aspecto interno y externo de la acción humana (actos mentales y actividad observable) es puesto de relieve por Wittgenstein como necesario para su comprensión. Lo hace a tenor de una distinción conceptual de gran relieve psicológico: la diferencia entre «vivencia» (*Erlebnis*) y «experiencia» (*Erfahrung*)⁴⁷. Las experiencias cuentan con «una duración y un despliegue: pueden acontecer uniforme o no uniformemente. Tienen intensidad»⁴⁸. Así, considera que las impresiones son experiencias mientras que las emociones (tristeza, alegría, pena, deleite, etc.) son vivencias. Al considerar que las experiencias tienen una duración y un despliegue, engloban en su campo conceptos psicológicos más cercanos a lo externo y comportamental, como las experiencias sensibles y los aspectos perceptivos en general. Por el contrario, los conceptos de vivencia incluyen lo más cercano a la actividad mental, y también lo concerniente a lo motivacional y afectivo, como la certeza, la duda, la emoción, etc.

Al considerar lo psicológico como algo vivencial lo vincula a un tipo de experiencia «que no es compositiva y cuantitativa, ni históricamente transmisible y acumulable, sino totalizada y única, exclusivamente propia de la biografía de cada cual, es decir, una experiencia que sólo se aprende por experiencia propia, y donde la estructura de la vida y sus conexiones de sentido se hacen directamente manifiestos al sujeto sin necesidad de recurrir a hipótesis, inducciones o inferencias»⁴⁹. Este tipo de experiencias está en la base del aspecto interno de la acción y necesita ser explicitado para explicarla adecuadamente.

⁴⁷ Cfr. *Bemerkungen über die Philosophie der Psychologie - Remarks on the Philosophy of Psychology*, I, n. 836.

⁴⁸ *Ibidem*.

⁴⁹ PINILLOS, J. L., *loc. cit.*, p. 147.

5. Consecuencias para la Psicología.

Desde su emancipación de la Filosofía en el siglo pasado, la Psicología arrastra una gran cantidad de problemas epistemológicos y metodológicos. Esos problemas presentan -según los distintos enfoques- particularidades y diferencias que distan de ser de matiz. La pluralidad de enfoques sobre el objeto y método de la Psicología se encamina más hacia una heterogeneidad de planteamientos donde hay confusión que a una visión unitaria con armonización de las posturas. Wittgenstein puso de relieve el estado de confusión en su época, resaltando que no es comparable con la situación que se da en el surgimiento de las Ciencias de la Naturaleza⁵⁰. Este diagnóstico reabre la polémica metodológica cuyo debate ocupó a pensadores de gran relevancia.

Con frecuencia, la Psicología ha tomado desde sus comienzos el camino de la *explicación*, es decir, la posibilidad de dar cuenta de los fenómenos del mundo psíquico en términos causales -descubrimiento de leyes-, de modo semejante a como en las Ciencias de la Naturaleza se explica el mundo físico. Wittgenstein subraya este error metodológico, pues «ver, oír, pensar, sentir, querer, no son objetos de la Psicología en el *mismo sentido* en que los movimientos de los cuerpos, los fenómenos eléctricos, etc. son objeto de la Física»⁵¹. Considera además que resulta insatisfactorio tomar la Física como nuestra «Ciencia ideal», pues ésta se caracteriza por su determinismo y el determinismo no vale para la mente⁵². La necesidad de encontrar leyes causales en Psicología nos lleva a creer que «con la presencia del método experimental ya disponemos de los medios para librarnos de los problemas que nos inquietan; pero, en realidad, problemas y métodos pasan de largo sin encontrarse»⁵³.

Parece claro que el estudio del objeto de la Psicología puede verse enriquecido por las aportaciones de otras Ciencias, tanto de la Naturaleza como Humanas y Sociales. Así, además, ocurre de hecho en casos como la Psicobiología o en la Psicología Social. Pero cabe el riesgo de reduccionismo, pues es más patente en la aproximación a los saberes sobre la Naturaleza que a la plena integración en los conocimientos sobre el hombre y la sociedad. El reduccionismo se decía en la medida en que se intenta hacer una Psicología muy próxima al método físico -así le sucedió a R. Carnap en su «Psicología en lenguaje fiscalista»- o bien cercana al método biológico, que lleva a una visión fácilmente determinista. En ambos casos se da normalmente una visión unilateral, en la que puede verse afectada la amplitud misma de su contenido propio como Ciencia.

⁵⁰ *Philosophische Untersuchungen*, II, p. 580. *Letzte Schriften über Philosophie der Psychologie*, I, 792.

⁵¹ *Philosophische Untersuchungen*, n. 571.

⁵² Cfr. WITTGENSTEIN L., *Lectures and Conversations on Aesthetics, Psychology and Religious Belief*, editado por C. Barret, Blackwell, Oxford, 1978 (1.ª ed. 1958), p. 154.

⁵³ *Philosophische Untersuchungen*, II, p. 580.

Este debate en torno al objeto repercute directamente en la cuestión del método, pues si el objeto de la Psicología incluye al sujeto y no sólo sus manifestaciones externas, el método explicativo-causal de las Ciencias de la Naturaleza no es capaz de dar cuenta de toda la realidad humana, ya que ésta también debe ser «comprendida» a diferencia de la Naturaleza, que debe ser «explicada». Frente a los planteamientos cuyo objeto es la «conducta», la Psicología entendida cabalmente no admite un tratamiento en términos de «explicación causal». El aspecto *interno* le da unidad. Esto no supone admitir que el componente interno sea -al modo cartesiano- *causa* del elemento externo⁵⁴. La acción humana admite una dimensión *teleológica* -en principio, incompatible con la explicación puramente causal- que permite *comprender* (intencionalmente) la conducta humana, describirla como plena de sentido, sin olvidar los aspectos motivacionales y afectivos del sujeto.

Centrar la atención en la perspectiva de la acción lleva a evitar -tal como sucede en Wittgenstein- las dos tendencias que de modo general, más influyen y desvirtúan la Psicología: cartesianismo y conductismo. Ambas están presentes en la base de muchas corrientes psicológicas, dando lugar a una pluralidad de enfoques encontrados. Frente a esta multivariada de objetos, el concepto de «acción» puede ser propuesto como concepto unificador. Su mayor profundidad que el concepto de «conducta» permite recuperar aspectos mentales del ser humano, aquellos que habían sido desterrados por el conductismo. La «acción» no descuida lo comportamental, sino que lo incluye como elemento fundamental en el análisis. Al mismo tiempo, elude el reductivo planteamiento cartesiano haciendo apreciar la importancia de lo externo y la conexión con lo interno.

La experiencia interna no admite paralelismo con los procesos naturales. Esto se muestra claramente en el análisis de la *acción* humana, y en el estudio de los conceptos conectados a ella, como los de «intención» e «intencionalidad». La consideración del aspecto interno de la acción humana requiere comprender esa experiencia interna (vivencia), en la que se da la intención como inseparable de la acción. La Psicología no tiene por qué renunciar a las explicaciones causales -aquellas que se retrotraen para explicar desde lo externo-, pero no puede dejar de incluir en su objeto la conexión estructural del psiquismo humano, característica de lo interno. Esto constituye esencialmente la operación de *comprender*, propia de las Ciencias Humanas y Sociales. Sobre estas consideraciones, la Psicología debe buscar la unidad de su objeto y su método, ayudada por el análisis conceptual que proporciona la perspectiva filosófica⁵⁵.

(Enero, 1992)

⁵⁴ Conviene recordar a este respecto que la crítica de Wittgenstein a la posibilidad de un lenguaje privado tiene en Descartes uno de sus objetivos principales.

⁵⁵ «The focus of this newer convergence between Philosophy and Psychology is a natural one: the provision of a conceptual framework within the explanation of human sentience and intelligence may be adequately organized.», MARGOLIS, J., *Op. cit.*, p. 3.